

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA VALÉRY GISCARD D'ESTAING

A los cuarenta y ocho años, Valéry Giscard d'Estaing es el jefe de Estado más joven de todos los países de Occidente. Su biografía es la de un favorito de los dioses: nacido rico, aristócrata (y ser rico y aristócrata en la región pobre de Auvernia es ser dos veces rico), ha duplicado riqueza y aristocracia por un buen matrimonio.

Desde niño le llaman Valy; sigue siendo Valy en su círculo interno, en su «chateau» y en su hotel particular de Anteuil. La pregunta más aviesa de esta campaña se la hizo en la televisión Françoise Giroud: «¿Cuánto cuesta un billete de «metro» en París, señor ministro de Finanzas?». Giscard contestó, después de unos segundos de desconcierto: «Noventa céntimos, naturalmente». «Naturalmente, no, señor ministro: cuesta un franco veinte...». Diálogo terrible, porque precisamente Giscard había hecho un viaje en «metro» histórico para «acercarse al pueblo». Casualmente, «un fotógrafo le sorprendió...» y la foto había sido útil para su campaña.

Niño de castillo

Niño de castillo, Giscard d'Estaing es frío, reservado, con aspecto de tímido. Ha debido hacer un gran esfuerzo para aparecer popular, sencillo, simpático y afable: dicen que un gabinete psicológico le ha preparado algunos números: aparecer con pullover y sin corbata en el severo y rico Ministerio de Finanzas, retratarse con un perro, viajar en «metro».

Su modelo es John Kennedy, que fue aristócrata, rico y, sin embargo, popular y ganó fama de inclinación hacia la izquierda —la fama que le costó la vida, como se la costaría a su hermano—; pero Kennedy tenía lo que se llama «carisma» —o quizá un mejor gabinete psicológico— y Giscard no lo tiene. Tocar el acordeón delante de los fotógrafos no es suficiente, cuando se sabe que lo que Giscard aprendió de niño fue el piano, y no tocaba precisamente cancioncillas, sino su Bach y su Beethoven en el Pleyel de cola del gran salón del castillo.

El camino de los grandes estudios para las grandes familias le estaba abierto por su nacimiento: el Liceo Jeanson-de-Sailly, la Escuela política, la Escuela Nacional de Administración. Por esa vía hizo su entrada en la políti-

ca: en 1954 —a los veintiocho años— era inspector de Finanzas y había llamado la atención de su ministro, Edgar Faure, que le hizo director adjunto de su gabinete.

Giscard siguió en la política la línea de sus ancestros: se afilió al Centro Nacional de Independientes agrarios; la más clásica de las derechas conservadoras del país, que en 1956 le hizo elegir diputado. Pero en 1958 era la gran unión de la derecha, el llamamiento de De Gaulle; su partido lo escuchó, y Giscard entró en el

Una élite de tecnócratas

Creó entonces una escisión, un grupo parlamentario: los republicanos independientes. En la jerga política, los giscardianos. Tener, a los cuarenta años, un Ministerio de Finanzas y un grupo político que adjetiva su nombre, es, para un político francés, un verdadero sueño.

Los giscardianos no tuvieron nunca un gran número de afiliados, de diputados, de senadores o de concejales; pero tenían, có-

con la frecuencia con que repiten sus consignas aquellos cuyos actos no son suficientes para demostrarlas. Y aún añadían que su propuesta era la de un «liberalismo moderno» en materias económicas y sociales, aunque en la realidad no iban más allá de las propuestas del liberalismo clásico, antiguo.

El modernismo les llevaba, poco más o menos, a una fórmula política: la de los clubs. Los suyos se llaman «Perspectivas y realidades». Pero su posición estaba desafiada, por una parte, por el



Giscard, cuando era aún ministro de Finanzas, durante una sesión de «relax» con los miembros de su equipo.

gobierno Debré como secretario de Estado para las Finanzas; en 1962 era ya ministro de Finanzas. Pero ya entonces la derecha clásica comenzaba a sentirse incómoda con De Gaulle; el Centro Nacional de Independientes se separa de la política del General, y Giscard no podía hacerlo porque hubiese tenido que renunciar a su Ministerio.

mo no, una aristocracia, una élite, que ocupaba puestos decisivos y eficaces. Eran, en una palabra, tecnócratas, pero sin asumir enteramente la maldición que esa palabra comporta. Actuaban dentro de la gran coalición del movimiento del General De Gaulle, pero reservaban el buen papel: el de liberales, el de moderados. «Somos liberales», decían

degolismo de derechas; por otra, por el de izquierdas, que podría representar —y aún representa— Alain Peyrefitte. Eran, por lo tanto, un centro dentro del movimiento. Un centro liberal y tecnócrata, con clubs de élite, con un periódico bien editado —«La France Moderne»— y con una gran audiencia entre lo que se llama «los cuadros jóvenes». En fin, un



El nuevo Presidente recibe las felicitaciones de sus seguidores tras conocerse los resultados de las elecciones.

suave y matizado kennedismo. Libre empresa, integración condicionada de Europa, amistad con los Estados Unidos.

Dentro, pero alejado

Todo ello le hizo, al fin, chocar con el movimiento oficial: Pompidou, primer ministro, prescindió de él, aunque tres años después Pompidou, presidente de la República y heredero del General De Gaulle, tuviera que contar con él, nuevamente como ministro de Finanzas, para sustentar su mayoría tan mordida y para dar un aspecto más moderno a un régimen que veía avanzar rápidamente su enemiga, la izquierda.

Estos tres años fueron una bendición para Giscard: sin el peso del Ministerio, pudo dedicarse a constituir en provincias sus clubs, a aumentar su mayoría parlamentaria, a relacionarse más y más. Es decir, a ampliar su base política y pública. Giscard tuvo la suficiente fuerza en el referéndum de 1969 de votar y hacer votar en contra del General De Gaulle (en el referéndum para la reforma del Senado, que en realidad tendría carácter de aprobación o denegación de la política presidencial); De Gaulle perdió, se retiró y ascendió Pompidou. Los más leales al General no se lo perdonaron nunca, pero Pompidou se lo premió llevándole de nuevo al Ministerio, como queda dicho.

Desde dentro del gobierno, Gis-

card no ha cesado de mantenerse alejado de él y del régimen. Dicen que desde que participó en el gobierno Debré, en 1958, se estaba preparando ya para la situación política que veía inevitable: la que se abriría con la sucesión del General. Esta le cogió demasiado pronto para optar

frente a Pompidou; no hubiera ganado. Sabía que la verdadera sucesión no estaba todavía abierta.

Al morir Pompidou, tuvo la feliz intuición de que su momento había llegado al fin. No era, como se sabe, el favorito del régimen: éste le acusó inmediatamente de

Pompidou hubo de recurrir a Giscard d'Estaing como ministro de Finanzas para sustentar su mayoría, tan mordida, y dar un aspecto más moderno a un régimen que veía avanzar rápidamente su enemiga, la izquierda.



escisión, de separación. Sabían los UDR clásicos que Valéry, si ganaba, sería el enterrador. Tampoco querían a Chaban, por estar demasiado a la derecha; y de estas dudas, de esta singular precipitación de todo el mundo por llegar a la presidencia, se aprovechó Valéry Giscard d'Estaing para penetrar por el hueco posible. Al principio, las auscultaciones de opinión pública no le consideraban favorito: le situaban en tercer lugar, después de Chaban y de Mitterrand (o de Mitterrand y Chaban).

Una carrera fantástica

Su carrera ha sido fantástica: una campaña de apenas seis semanas iniciada en el Ayuntamiento de Chamalières, del que es Alcalde (cerca de Clermont-Ferrand), ha llegado el domingo pasado a la presidencia, aunque no haya sido más que por unos decimales en el porcentaje: los suficientes, por las leyes del sufragio universal.

¿Quién le ha impulsado a esta campaña? Se dice que los americanos, que tienen en Francia más resortes visibles e invisibles de lo que se cree, a pesar del «desafío» de De Gaulle, para los cuales es un buen amigo y una defensa al mismo tiempo de la izquierda y del nacionalismo de derechas de la UDR.

Se dice que simplemente la convicción, para las derechas, de que un candidato más «ortodoxo» hubiese sido vencido por la coalición de izquierdas, frente a la cual el anticomunismo primario de Chaban Delmas no suponía ya ninguna defensa: sus argumentos estaban pasados.

Se dice, en fin, que la «coyuntura»: los tiempos requieren cambios, y esos cambios indican que hay que ir por el camino de una mayor apertura política, que Giscard representaba, como decía su campaña, «sin aventuras». Finalmente, le ha apoyado la suerte: los 350.000 votos —en números redondos— que le han separado de su adversario Mitterrand son, en gran parte, un factor de suerte. La que le acompañó desde la cuna. Y la que tendrá que acompañarle ahora, cuando comienza la verdadera batalla pública de su existencia. Hasta el momento, todo le ha sido fácil, y ha penetrado por senderos cómodos en la política: los de la técnica y la carrera. Ahora, por primera vez, tiene todo el poder en sus manos. ■